Este año nuevo

Un artículo de Eduard Punset

Estoy en Londres, como en los viejos tiempos, para saludar el Año Nuevo. Esta semana entrevistamos a cuatro científicos que irán alimentando otros tantos programas de REDES de Televisión española. Hubo un tiempo, hace ya casi veinte años, en el que REDES era una ventana abierta al mundo exterior: oíamos hablar por primera vez de científicos como el biólogo Richard Dawkins, máximo exponente del científico ateo y sabio; como el neurólogo Oliver Sachs, narrador incipiente entonces del cerebro, asediado hoy por el conocimiento cognitivo; como el geógrafo Jared Diamond cuyo libro sobre las armas, los genes y el acero descubrieron a millones de lectores su propio mundo por primera vez; o como Nassim Nicholas Taleb, que empezaba entonces a abordar la ciencia de la toma de decisiones, bajo el paraguas de extrema opacidad que la oculta.

¿Ha cambiado el mundo en el que vivimos tanto como se pretende a menudo? O, por el contrario ¿seguimos en el dintel de un mundo nuevo cuyo fragor nos ensordece pero que nunca acaba de llegar?

Esa es la eterna cuestión. No tiene uno la impresión de que Richard Dawkins ha convencido al resto del mundo de que el "alma está en el cerebro", como sugería ya un investigador del siglo XVII y no en un velatorio del que se ocupa Dios, el creador de todo. Es curioso, pero cuando intento comparar los poquísimos que estaban convencidos entonces de que el alma está en el cerebro, con los que han abandonado toda creencia sobrenatural ahora, no veo grandes diferencias. Es probable que menos gente vaya a misa ahora, pero no parece haberse producido un cambio total de mentalidad, sino más bien haber substituido unas prácticas de creyentes por otras, sin entrar en el tema de quién manda en el universo, si manda alguien.

Sí parece probable que la realidad cuántica se haya impuesto en la vida cotidiana. Hasta comienzos del siglo XX el mundo se dividía entre los convencidos de que no había efectos sin causas —es decir, que el futuro del mundo era siempre predecible en función de lo que ocurría ahora—, y los cuatro gatos que comulgaban con el principio de incertidumbre, en virtud del cual nada era predecible porque estábamos muy lejos de entender porqué no todo se podía explicar razonablemente. Frente al dogmatismo imperante, se abría paso el imperio de la incertidumbre. Pero en el trabajo y en el transporte público tengo el presentimiento, a veces, de que sigue

habiendo muy pocos cuánticos. Oigo demasiadas veces a gente que levanta su tono de voz para decirle al compañero de viaje: "yo sé muy bien que tengo razón", o "ni idea tiene de lo que está ocurriendo", "te he dicho mil veces que eso es justo al revés de lo que pretendes", como si ellos —en contra de la física cuántica— lo supieran todo.

Lo lógico sería pensar que tienen razón los neurólogos que están descubriendo la importancia de la intuición en relación con el pensamiento racional o meditado. Sobran pruebas en el sentido de que el cerebro alberga tantos resortes cognitivos que tienen poco que ver con la razón y, por el contrario, casi todo que ver con la intuición. Me encuentro todos los días amigos que no han tenido tiempo para estudiar a fondo una cuestión determinada —hasta comprobar que están en lo cierto —, y que no tienen más remedio que recurrir al acervo inacabable de sus sentimientos e intuición para decidirse a ir en un sentido u otro. ¿Tanto cuesta aceptar que la intuición es una fuente del conocimiento tan válida como la razón? La ciencia descubre que casi todo es intuición porque no hay tiempo o argumentos para otra cosa. Pero la mayoría sigue convencida de que solo la razón cuenta.

¿Cambian más o menos las cosas de lo que tendemos a creer?